02.11.94

LOS LIMITES DE EUROPA

JORDI SOLE TURA

Cuando se pregunta a los dirigentes políticos europeos si la Unión Europea debe seguir ampliándose hacia el este y el sur la respuesta normal es que sí, que no podemos limitarnos al ámbito actual ni al que se va a constituir con el próximo ingreso de otros cuatro países. Esta es,sin duda, la única respuesta posible pues no tiene sentido fijar unos límites estrictos e intocables cuando todo se está moviendo.Sin embargo,con ello se está eludiendo un problema que tarde o temprano tendremos que plantearnos con la máxima seriedad: ¿hasta dónde puede y debe llegar la ampliación?

Durante muchos años este problema se pudo eludir porque las circunstancias eran otras .En una Europa dividida por la guerra fría y por el muro de Berlín las cosas parecían claras:el límite de la Europa que queríamos construir era el muro de Berlín y las fronteras de los países sometidos a una dictadura,porque allí terminaba la Europa de la democracia, de los derechos humanos,de la economía de mercado y del Estado del bienestar.Una posible ampliación hacia el este, hacia el bloque opuesto era deseable pero no era un objetivo previsible en muchos años. Cuando el muro de Berlín cayó y el bloque del Este desapareció este planteamiento simple y,en el fondo, bastante cómodo saltó por los aires y los interrogantes hasta entonces latentes o acallados resurgieron con fuerza.Si desaparecía la barrera entre la Europa democrática y la no democrática , ¿hasta dónde debía llegar la Europa del futuro?

La respuesta fué que primero había que completar la integración de la parte occidental hasta entonces renuente y luego abordar la integración de los países del este, tras una larga fase de preparación económica y política. Esta era,sin duda, la respuesta sensata y en eso estamos.Pero detrás de esto asoma ya el interrogante final, el decisivo, que no podremos eludir por mucho tiempo porque condiciona el diseño final de todo el proyecto :en definitiva, preguntarse cuál es el límite significa también preguntarse si hay que incluir a Rusia o no.

La respuesta a estas preguntas no es fácil porque nos obliga a plantear y a contestar otra gran pregunta previa, a saber :¿qué es en definitiva Europa ? ¿Un espacio geográfico ? ¿Un ámbito político-cultural ? ¿ Un ámbito religioso ?¿Una zona económica ? ¿Todo esto a la vez ?¿O es,simplemente, el resultado final de una voluntad política y económica conjunta que se expandirá hasta que encuentre los límites de otras voluntades políticas y económicas con las que deberá pactar ? En definitiva, la concepción inicial de un espacio común de democracia, respeto a los derechos humanos,economía de mercado y Estado del bienestar es válido para definir el modelo pero no para definir el espacio en si mismo cuando todos dicen aceptar estos valores.

La verdad es que la Unión Europea está preocupada por otras urgencias y se comprende fácilmente que éste no sea hoy por hoy su problema principal. Pero otras instituciones,menos acosadas por estas mismas urgencias, han empezado a planteárselo en serio y a adelantar respuestas y sugerencias. Una de estas instituciones es el Consejo de Europa,una institución señera que se creó a finales de los años cuarenta para sentar en una misma mesa a los países occidentales hasta entonces enemigos y diseñar conjuntamente una base común de derechos humanos y un sistema

también común de protección y garantía de estos mismos derechos.

Durante los años de la guerra fría, el Consejo de Europa se extendió a toda la Europa occidental, puso en vigor la Convención Europea de Derechos Humanos y diversos protocolos que la desarrollaban, creó el Tribunal Europeo de Derechos Humanos y desde su sede en Estrasburgo elaboró una amplia doctrina sobre todos los aspectos contenidos en el concepto general de "derechos humanos", más allá de su mera definición jurídica. Al caer el muro de Berlín, el Consejo de Europa se convirtió en la institución europea más flexible para acoger con rapidez a los países del Este. En 1989 estaban integrados en el Consejo de Europa 24 países. Hoy son ya 34 sus miembros. Y hay una decena más llamando a la puerta para entrar.Entre ellos Rusia,que ya tiene estatuto de país invitado. Para el Consejo de Europa el problema de los límites de Europa no es,pues, un problema de futuro sino una cuestión urgente que tiene que decidirse sin mayor dilación. A principios de octubre, la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, formada por delegaciones de los Parlamentos de todos los países miembros , abordó por consiguiente este problema y tomó una decisión.Creo que vale la pena informar sobre lo uno y lo otro.

La discusión sobre los límites de Europa tocó,como es lógico,todas las teclas:la geográfica, la cultural,la política y la económica.En el fondo de cada una de las posiciones había,naturalmente, una concepción de la historia,una opción ideológica y un proyecto político ,es decir, las diferencias que han marcado la historia reciente de la Europa occidental. Y el problema que las suscitaba no sólo era Rusia --o más exactamente, la Federación Rusa -- sino también todos los restos de la antigua URSS, es decir, las demás repúblicas fronterizas con la Europa del este, las repúblicas del Cáucaso y las repúblicas asiáticas.

Se habló de geografía. Pero, ¿cómo se puede definir geográficamente Europa si ,de hecho, no es más que una gran península del continente asiático ? Se habló de cultura y de religión,o sea, de ideología. ¿Pero qué cultura puede definir un continente que ha estado en guerra permanente hasta nuestros días y donde han florecido lo mejor y lo peor, el humanismo y el racionalismo pero también el racismo y la intolerancia más brutales ? ¿Y qué religión puede definir una Europa que se ha desangrado en conflictos entre cristianos y musulmanes, entre cristianos católicos, protestantes de diverso signo y ortodoxos y donde la coexistencia de hecho de diversas religiones plantea todavía hoy serios problemas de identidad? Se habló de economía,de libertad de mercado y del Estado del bienestar,para constatar que aunque había acuerdos sustanciales en muchos cosas había desacuerdos no menos sustanciales en otras y que , en todo caso,existían niveles de desarrollo muy diferentes entre los países miembros y entre los candidatos. Se habló de historia, se habló de política y de estrategia militar y otra vez de economía,para llegar a la conclusión de que el mundo se estaba reorganizando en torno a diversos centros de poder político y económico y que nosotros éramos una de las partes de esta reorganización. Y finalmente se habló de la Federación Rusa con el fin de decidir si, para contribuir a su desarrollo democrático y a la estabilidad de todo el conjunto europeo, era mejor o peor desde todos los puntos de vista, político, económico y militar,tenerla con nosotros o apartarla de nosotros.

El resultado final fué un acuerdo político que ni se basaba exclusivamente en lo geográfico ni en lo cultural,ni en lo religioso ni en lo económico ni en lo militar,pero tenía en cuenta todos estos aspectos para llegar a una definición convencional. Dicho acuerdo consistió en definir como límite oriental de Europa la línea del río Ural y los Montes Urales -- como ya se había convenido también en las discusiones sobre desarme -- y en declarar que podían formar parte del Consejo de Europa todos aquellos países que quedasen al oeste de dicha línea o que tuviesen en esta zona declarada como europea una parte de su territorio, como es el caso de Rusia y de las repúblicas caucásicas.

¿Es ésta la solución ? No es seguro. Hoy por hoy es una fórmula que permite definir unos límites controlables y cerrar el mapa de Europa a corto plazo. Es discutible, sin embargo,que el concepto de Europa pueda llegar de hecho hasta Vladivostok y el estrecho de Bering,dejando fuera a países y zonas que por razones políticas, culturales o económicas están o pueden estar más cerca del núcleo europeo originario. Tampoco es seguro que los límites definidos por una organización dedicada básicamente al desarrollo y a la protección de los derechos humanos,como es el Consejo de Europa, acaben coincidiendo con los de otras instituciones como la Unión Europea, la OTAN o la UEO.Una cosa es un espacio común de vigencia de los derechos humanos, otra un espacio económico o militar. Sin embargo, lo importante es hacer propuestas y definir líneas de avance que permitan abrir vías y estabilizar situaciones de hecho. En definitiva, mientras esto se discute en los foros políticos, económicos y militares,la UEFA incluye a Armenia, Georgia y Azerbaidjan en la Copa de Europa de futbol y los equipos de Israel hace ya tiempo que disputan los torneos europeos de baloncesto. Y ésta es también una manera de definir lo que es Europa.

A corto plazo no habrá mayores problemas de definición.A medio plazo,el tema de Rusia obligará a tomar una decisión de gran alcance,que hoy por hoy no está clara.Pero es posible que ,para entonces,otras líneas de avance se superpongan a las actuales. ¿Quién podía pensar hace unos meses que Israel y los países árabes podrían hablar de una zona económica común,como han hecho en Casablanca ? ¿Y quién puede seguir hablando de polìtica de desarrollo y de seguridad en el Mediterráneo,aspecto fundamental de la política europea, sin tener en cuenta esta nueva situación ?

INFORME DE TRANSMISION

Fecha/Hora	2-11 8:42
Num. Marcado	913278821
Interlocutor	34 1 3278821
Tiempo	2'34"
Modo	NORM
Pag.	4
Resultado	Correcto

JORDI SOLÉ TURA

Los límites de Europa



JUSTO BARBOZA

Cuando se pregunta a los dirigentes políticos europeos si la Unión Europea debe seguir ampliándose hacia el Este y el Sur, la respuesta normal es que sí, que no podemos limitarnos al ámbito actual ni al que se va a constituir en el próximo ingreso de otros cuatro países. Ésta es, sin duda, la única respuesta posible, pues no tiene sentido fijar unos límites estrictos e intocables cuando todo se está moviendo. Sin embargo, con ello se está eludiendo un problema que tarde o temprano tendremos que plantearnos con la máxima seriedad: ¿hasta dónde puede y debe llegar la ampliación?

Durante muchos años este problema se pudo eludir porque las circunstancias eran otras. En una Europa dividida por la guerra fría y por el muro de Berlín, las cosas parecían claras: el límite de la Europa que queríamos construir era el muro de Berlín y las fronteras de los países sometidos a una dictadura, porque allí terminaba la Europa de la democracia, de los derechos humanos, de la economía de mercado y del Estado de bienestar. Una posible ampliación hacia el Este, hacia el bloque opuesto, era deseable, pero no era un objetivo previsible en muchos años. Cuando el muro de Berlín cayó y el bloque del Este desapareció, este planteamiento simple y, en el fondo, bastante cómodo saltó por los aires, y los interrogantes, hasta entonces latentes o acallados, resurgieron con fuerza. Si desapareciera la barrera entre la Europa democrática y la no democrática, ¿hasta dónde debía llegar la Europa del futuro?

La respuesta fue que primero había que completar la integración de la parte occidental, hasta entonces renuente, y luego abordar la integración de los países del Este, tras una larga fase de preparación económica y política. Ésta era, sin duda, la respuesta sensata y en eso estamos. Pero detrás de esto asoma ya el interrogante final, el decisivo, que no podremos eludir por mucho tiempo porque condiciona el diseño final de todo el proyecto: en definitiva, preguntarse cuál es el límite significa también preguntarse si hay que incluir a Rusia o no.

La respuesta a estas preguntas no es fácil porque nos obliga a plantear y a contestar otra gran pregunta previa, a saber: ¿qué es, en definitiva, Europa? ¿Un espacio geográfico? ¿Un ámbito político-cultural? ¿Un ámbito religioso? ¿Una zona económica? ¿Todo esto a la vez? ¿O es, simplemente, el resultado final de una voluntad política y económica conjunta que se expandirá hasta que encuentre los límites de otras voluntades políticas y económicas con las que deberá pactar? En definitiva, la concepción inicial de un espacio común de democracia, respeto a los derechos humanos, economía de mercado y Estado de bienestar es válida para definir el modelo, pero no para definir el espacio en sí mismo cuando todos dicen aceptar estos valores.

La verdad es que la Unión Europea está preocupada por otras urgencias y se comprende fácilmente que éste no sea hoy por hoy su problema principal. Pero otras instituciones, menos acosadas por estas mismas urgencias, han empezado a planteárselo en serio y a adelantar respuestas y sugerencias. Una de estas instituciones es el Consejo de Europa, una institución señera que se creó a finales de los años cuarenta para sentar en una misma mesa a los países occidentales hasta entonces enemigos y diseñar conjuntamente una base común de derechos humanos y un sistema también común de protección y garantía de estos mismos derechos.

Durante los años de la guerra fría, el Consejo de Europa se extendió a toda la Europa occidental, puso en vigor la Convención Europea de Derechos Humanos y diversos protocolos que la desarrollaban, creó el Tribunal Europeo de Derechos Humanos y, desde su sede, en Estrasburgo, elaboró una amplia doctrina sobre todos los aspectos contenidos en el concepto general de "derechos humanos", más allá de su mera definición jurídica. Al caer el muro de Berlín, el Consejo de Europa se convirtió en la institución europea más flexible para acoger con rapidez a los países del Este. En 1989 estaban integrados en el Consejo de Europa 24 países. Hoy son ya 34 sus miembros. Y hay una decena más llamando a la puerta para entrar. Entre ellos, Rusia, que ya tiene estatuto de país invitado. Para el Consejo de Europa, el problema de los límites de Europa no es, pues, un problema de futuro, sino una cuestión urgente que tiene que decidirse sin mayor dilación. A principios de octubre, la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, formada por delegaciones de los parlamentos de todos los países miembros, abordó, por consiguiente, este problema y tomó una decisión. Creo que vale la pena informar sobre lo uno y lo otro.

La discusión sobre los límites de Europa tocó, como es lógico, todas las teclas: la geográfica, la cultural, la política y la económica. En el fondo de cada una de las posiciones había, naturalmente, una concepción de la historia, una opción ideológica y un proyecto político, es decir, las diferencias que han marcado la historia reciente de la Europa occidental. Y el problema que las suscitaba no sólo era Rusia —o, más exactamente, la Federación Rusa—, sino también todos los restos de la antigua URSS, es decir, las demás repúblicas fronterizas con la Europa del Este, las repúblicas del Cáucaso y las repúblicas asiáticas.

Se habló de geografía. Pero ¿cómo se puede definir geográficamente Europa si, de hecho, no es más que una gran península del continente asiático? Se habló de cultura y de religión, o sea, de ideología. ¿Pero qué cultura puede definir un continente que ha estado en guerra permanente hasta nuestros días y donde han florecido lo mejor y lo peor, el humanismo y el racionalismo, pero también el racismo y la intolerancia más brutales? ¿Y qué religión puede definir una Europa que se ha desangrado en conflictos entre cristianos y musulmanes, entre cristianos católicos, protestantes de diverso signo y ortodoxos y donde la coexistencia de hecho de diversas religiones plantea todavía hoy serios problemas de identidad? Se habló de economía, de libertad de mercado y del Estado de bienestar, para constatar que, aunque había acuerdos sustanciales en muchas cosas, había desacuerdos no menos sustanciales en otras y que, en todo caso, existían niveles de desarrollo muy diferentes entre los países miembros y entre los candidatos. Se habló de historia, se habló de política y de estrategia militar y otra vez de economía, para llegar a la conclusión de que el mundo se estaba reorganizando en torno a diversos centros de poder político y económico y que nosotros éramos una de las partes de esta reorganización. Y finalmente se habló de la Federación Rusa, con el fin de decidir si, para contribuir a su desarrollo democrático y a la estabilidad de todo el conjunto europeo, era mejor o peor desde todos los puntos de vista, político, económico y militar, tenerla con nosotros o apartarla de nosotros.

El resultado final fue un acuerdo político que ni se basaba exclusivamente en lo geográfico, ni en lo cultural, ni en lo religioso, ni en lo económico, ni en lo militar, pero tenía en cuenta todos estos aspectos para llegar a una definición convencional. Dicho acuerdo consistió en definir como límite oriental de Europa la línea del río Ural y los montes Urales —como ya se

Pasa a la **página siguiente**

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

Insultos injustificados

Acogiéndome al derecho de réplica me dirijo a usted con objeto de responder a los insultos que el escritor Mario Vargas Llosa dirige a mi padre, el ex presidente Hernán Siles, en su artículo *Italia no es Bolivia,* del día 6 de noviembre.

En su artículo, que procura ser una defensa de la aplicación de políticas neoliberales en Latinoamérica, justifica la adopción de éstas en Bolivia arremetiendo contra la presidencia de Siles con una virulencia injustificada e incomprensible.

Podría contestar con otra ristra de insultos, pero prefiero responder con argumentos. El proceso de democratización en Bolivia, después de un lamentable periodo de golpes y contragolpes militares, fue especialmente conflictivo, enrevesado y largo. Cuando, en el año 1982, el Congreso (elegido dos años antes, en las elecciones de 1980) vota presidente a Siles, él comprende que gobernar el país con una representación parlamentaria del 27% y una insatisfacción social alimentada durante años de represión es tarea prácticamente imposible. Sin embargo, comprende también que, después de tres elecciones generales consecutivas y cuatro golpes de Estado, en un espacio de cinco años (1977-1982), no puede darse el lujo de presionar para unas nuevas elecciones generales.

El país que hereda está en el caos económico, y los movimientos sociales se desbordan en todos los sectores. Las fuerzas políticas se estructuran en torno a dos ejes en permanente colisión: el Parlamento, que aglutina a las fuerzas de derecha, y la Central Obrera Boliviana, que aglutina a las de izquierda, mientras que el Gobierno, minoritario en ambos, es obligado a jugar el papel de un árbitro imposible. El país, efectivamente, requería medidas de estabilización de la economía, pero las medidas drásticas exigen un consenso, y el volcán social en el que se había convertido Bolivia lo hacía imposible. Es más, cuando, en ese momento, se propusieron medidas económicas al Parlamento, éstas fueron vetadas por las mismas fuerzas políticas que luego las pondrían en práctica en Gobiernos posteriores, tal era el clima de ensañamiento político que se había alcanzado. La aplicación de medidas de reajuste hubiera requerido su imposición por la fuerza y ocasionado, no nos engañemos, derramamiento de sangre, como sucedió después en Venezuela, sin resultado positivo alguno.

Procesos de transición hacia la democracia tan conflictivos como éste no son patrimonio único de Bolivia. La lectura de la prensa en la última década nos da a conocer conflictos políticos y procesos hiperinflacionarios similares en la Argentina de Alfonsín, la Unión Soviética de Gorbachov o el Brasil de Sarney y, sin duda, asistiremos a un proceso similar en el Haití de Aristide si la comunidad internacional no le brinda el apoyo económico necesario para impedirlo. En todos los casos anteriores, las medidas de reajuste de la economía vinieron después de un doloroso proceso de consenso. La remodelación de la economía es imposible sin una base política que la sustente. No debemos ignorar esta elemental lección de la historia.

Las fuerzas políticas bolivia-

Pasa a la **página siguiente**

TAHAR BEN JELLOUN

Lapsus español

El jefe de Gobierno español, Felipe González, tiene sentido del humor y afán de ser generoso. En Foix, donde con motivo de la tercera cumbre franco-española se encontró con los dirigentes franceses, pidió a París que "mirara más al Sur". ¡Bravo! Por fin hay un dirigente europeo que piensa en nosotros, que le preocupan nuestros problemas. Sabía que Felipe González era un socialista y un humanista, pero no un defensor de su competidor más inmediato en el mercado del tomate y la clementina.

Pero la curiosidad me ha hecho ir más allá del título y leer las declaraciones que ha hecho a *Le Figaro*. He aquí lo que ha dicho: "Aunque conserve sus lazos privilegiados con Alemania, convendría que Francia mirara más al flanco sur de la Unión Europea". Mi ingenuidad me ha hecho no comprender bien, o más bien suponer a Felipe González una intención que jamás ha tenido. En efecto, no se trata del Sur, que comprendería también el Magreb, sino del flanco sur de la Unión Europea, es decir, España, Portugal y Grecia. Nosotros, los magrebíes, tenemos el camino cortado; hay que negociar meses para poder pasar por él y, sobre todo, dejar que esa Europa se entregue impunemente al pillaje en nuestras costas pesqueras, y especialmente en las de Marruecos. Todo el mundo sabe, y particularmente España, que Marruecos no dispone de medios suficientes y eficaces para proteger sus costas ni para explotar todos sus recursos. Va, pues, a Bruselas y da 420 licencias de pesca a los armadores españoles sabiendo que esa cifra será con toda seguridad superada. Marruecos exige también que respeten las nuevas disposiciones sobre las artes de pesca: ya no están autorizadas las redes de monofilamentos, pues destruyen la fauna marina. De hecho, a Marruecos le gustaría que la pesca europea se redujera en un 50%. Felipe González, en sus declaraciones, no lo ha mencionado, ni tampoco ha dado consejos a Francia sobre la postura que este país debería adoptar en las negociaciones. Aparte de este problema concreto, Europa sigue siendo lo que con frecuencia ha sido: una impartidora de lecciones.

La Europa de hoy, democrática y libre, diversa y semejante, más rica y desarrollada que pobre y enferma, ¿será la "educadora" de los países vecinos que no forman parte de su esfera como Atenas era la "educadora de Grecia" en la época de Pericles y de la Guerra del Peloponeso? ¿Será la que muestra el camino de la liberación como si fuera la única depositaria de la democracia y el humanismo?

Aristóteles escribía en *La política* que "los bárbaros están hechos para servir". En aquella época, todo el mundo lo encontraba normal. Por su parte, Platón consideraba que para que la ciudad continuara funcionando era necesario que "cada uno estuviera en su lugar". ¿Cuál es hoy el lugar de los países vecinos de Europa, el lugar de los magrebíes, el de los africanos? ¿No declaró Ionesco, que no era un hombre progresista: "A los africanos les tienen sin cuidado los derechos humanos, los derechos humanos son una invención europea"? (Citado por Chantal Millon-Delsol en una ponencia sobre *La identidad europea y la cuestión universal)*. Lo que quizá autorizó al alcalde de París, Jacques Chirac, a decir a su regreso de una gira africana que el sistema democrático europeo no era exportable a África.

De este modo, la Europa de hoy que se amplía por el Norte y por el Este, que se construye con dificultades en un contexto de vuelta de los nacionalismos y de la xenofobia, esta Europa que se considera punto de referencia y lugar fundador de los derechos humanos y la democracia, se aleja del Magreb y desconfía de sus problemas. Y, sin embargo, entre estas dos entidades hay un punto común, un lugar de encuentro, un lazo histórico, geográfico y cultural: el Mediterráneo. Pero también en él hay jerarquías, clasificaciones. El Mediterráneo del Sur, más poblado, más natural, está casi excluido.

Se puede decir que el sur de Europa comienza con el norte de África. Están bañados por el mismo mar. Y, sin embargo, los que toman decisiones en Occidente no tienen en cuenta este parentesco. Dar la espalda al Magreb, por ejemplo, significa atizar el desarrollo de las frustraciones y del integrismo. Cuando Marruecos presentó una petición para entrar en la Comunidad Económica Europea, quería subrayar la importancia de esos lazos y de ese parentesco geográfico. Quería convertirse no en un competidor, sino en un socio con el que se puede negociar y hacer intercambios. Su demanda no fue tenida en cuenta y Bruselas continuó favoreciendo las potencialidades europeas *stricto sensu.*

El intercambio es terriblemente desigual. Las relaciones, forzosamente tensas. ¿Quién va a recordar que el sur del Mediterráneo es la cuna de una civilización grande y bella? ¿Quién va a decir que las raíces de Europa se encuentran en esa parte del mundo? El Mediterráneo se ha convertido en una especie de *gadget* que permite a las asociaciones organizar coloquios, encuentros en los que a veces se constata el deterioro de los lazos entre el Norte y el Sur.

Pero el Mediterráneo es más que un mar, un lago mágico. También es una cultura, una manera de ser, una manera de vivir, de amar, de morir. No es casualidad que haya sido el lugar de nacimiento de la filosofía y la tragedia. El Mediterráneo está hecho para toda suerte de excesos, para la gratuidad, para la belleza y para el espectáculo de la vida. Eso son las gentes del Sur, las gentes de Sicilia, de las islas griegas, del norte de Marruecos, de Túnez y también de Argelia, que lo comprenden y lo viven. La Europa del Norte, la que se hace en Bonn, está muy lejos del Mediterráneo. Todo el problema reside en esto: ¿cómo dar una sensibilidad mediterránea a un germánico, racional, dogmático y sin sentido del humor? ¿Cómo dar a Felipe González el sentido del Mediterráneo árabo-bereber? ¿Cómo hacer que mire a su Andalucía natal y al norte de Marruecos que sus antepasados ocuparon, explotaron y humillaron? (Su ejército sigue ocupando Ceuta y Melilla). La suerte de Europa, su humanismo y su evolución no pueden desarrollarse sin este pedazo de su carne que ignora o desprecia.

Tahar Ben Jelloun es escritor marroquí, premio Goncourt de novela en 1987.

Los límites de Europa

Viene de la **página anterior**

había convenido también en las discusiones sobre desarme— y en declarar que podían formar parte del Consejo de Europa todos aquellos países que quedasen al oeste de dicha línea o que tuviesen en esta zona declarada como europea una parte de su territorio, como es el caso de Rusia y de las repúblicas caucásicas.

¿Es ésta la solución? No es seguro. Hoy por hoy es una fórmula que permite definir unos límites controlables y cerrar el mapa de Europa a corto plazo. Es discutible, sin embargo, que el concepto de Europa pueda llegar de hecho hasta Vladivostok y el estrecho de Bering, dejando fuera a países y zonas que por razones políticas, culturales o económicas están o pueden estar más cerca del núcleo europeo originario. Tampoco es seguro que los límites definidos por una organización dedicada básicamente al desarrollo y a la protección de los derechos humanos, como es el Consejo de Europa, acaben coincidiendo con los de otras instituciones como la Unión Europea, la OTAN o la UEO. Una cosa es un espacio común de vigencia de los derechos humanos y otra un espacio económico o militar. Sin embargo, lo importante es hacer propuestas y definir líneas de avance que permitan abrir vías y estabilizar situaciones de hecho. En definitiva, mientras esto se discute en los foros políticos, económicos y militares, la UEFA incluye a Armenia, Georgia y Azerbaiyán en la Copa de Europa de fútbol, y los equipos de Israel hace ya tiempo que disputan los torneos europeos de baloncesto. Y ésta es también una manera de definir lo que es Europa.

A corto plazo no habrá mayores problemas de definición. A medio plazo, el tema de Rusia obligará a tomar una decisión de gran alcance, que hoy por hoy no está clara. Pero es posible que para entonces otras líneas de avance se superpongan a las actuales. ¿Quién podía pensar hace unos meses que Israel y los países árabes podrían hablar de una zona económica común, como han hecho en Casablanca? ¿Y quién puede seguir hablando de política de desarrollo y de seguridad en el Mediterráneo, aspecto fundamental de la política europea, sin tener en cuenta esta nueva situación?

Jordi Solé Tura es diputado por el PSC-PSOE.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior**

nas actualmente en el Parlamento sí lo han comprendido y el 9 de abril pasado celebraron un homenaje a Siles, en su calidad de "líder" de la revolución de abril del 52 (revolución que terminó con el Estado semifeudal e hizo posible la modernización de Bolivia) y "autor" de la democracia en Bolivia (las palabras entrecomilladas no son mías). En el homenaje participaron todas las fuerzas políticas parlamentarias sin excepción, y la prensa, tan adversa durante su Gobierno, se hizo eco del homenaje con la misma unanimidad. Personalmente, he escuchado a autores de la actual política económica declarar públicamente que ésta no hubiera sido posible si no fuera por el antecedente de estabilización monetaria aplicada por el propio Siles en el periodo 1956-1960, y el antecedente de estabilización política del periodo 1982-1985. Han pasado 10 años desde su Gobierno y los bolivianos hemos tenido tiempo de revisar nuestra difícil transición a la democracia con menos apasionamiento y más ecuanimidad.

Me resulta difícil pensar que el señor Vargas Llosa tenga algo personal contra Siles. Tanta mordacidad sólo se explica como un intento de dar más brillo a las políticas neoliberales aplicadas, pero Bolivia lleva ocho años de política de reajuste, y su éxito tendrá que medirse por los resultados, no por la cantidad de barro que se eche sobre los Gobiernos predecesores.— **Isabel Siles.** Madrid.

Despedida

A lo largo de la pasada década, colaboré en este diario con intensidad creciente remitiendo artículos de opinión, hasta aceptar la propuesta formulada en su día por Ángel Sánchez Harguindey de escribir uno al mes. En fecha más reciente, con la innovación de las *columnillas,* y siempre por invitación de EL PAÍS, al citado artículo se sumaron dos ensayos breves quincenales. El último, relativo al *caso Palomino,* resultaba al parecer incompatible con la línea marcada por el periódico y fue "levantado" unas horas antes de salir el número del día 10 de noviembre.

Al haber percibido ya con anterioridad roces para la aparición de otras colaboraciones, el hecho creaba para mí una situación difícil. Y tras unas horas de reflexión me di cuenta de que en lo sucesivo sería incapaz de ejercer crítica alguna sin que pesase sobre mí como una losa esa experiencia desfavorable en el ejercicio de la libertad de expresión. Admito, obviamente, que puedo equivocarme, pero para eso está la réplica, y si lo hago con excesiva frecuencia, más vale cancelar la oferta de colaboración. En suma, como no voy a estar esperando tras cada artículo enviado a ver si causa o no disgusto, si pasa o no, elijo cordialmente el silencio.— **Antonio Elorza.** Madrid.

Farmacias

En unas declaraciones que aparecieron en EL PAÍS de la ministra de Sanidad se dice que un pañal de incontinencia recibe el mismo trato (su dispensación) que un antibiótico.

Esto no es cierto, ya que, como medida para contener el gasto, se le puso la barrera burocrática de necesitar visado de inspección.

También señala que las farmacias han reducido su margen en un 2%, y tampoco es correcto. Ese 2% el Insalud se lo descuenta al pagar la facturación de recetas de la Seguridad Social, de forma que para oficinas de farmacia que dispensen casi todo recetas (principalmente rurales) será el 2% de su volumen real y para otras (costeras o farmacias con clientes de alto poder adquisitivo) será una cantidad insignificante.

Sí hubo un descenso para todas las oficinas de farmacia cuando se bajó el IVA al 3%, y Farmaindustria, sus precios en tres puntos.

De las muchas declaraciones de la ministra de Sanidad no he leído ninguna en la que hable de la calidad asistencial para los pacientes, del servicio sanitario que se presta (la verdadera atención primaria), de los servicios de urgencia, de las patologías menores que se solucionan en las oficinas de farmacia, de la farmacia rural... No hace más que hablar de dinero y de ahorro.

Si de verdad lo que quiere es ahorrar, le diría a la ministra que lo mejor es o que se apropie de nuestras farmacias (haciéndonos funcionarios) o que nos transforme en droguerías. Nos quitaría quebraderos de cabeza y ella se ahorraría no sé cuántos miles de millones.— **Pedro Mombiedro.** Cuenca.